

nes á que con este motivo se abandonó su corazón franco y generoso fueron tales, que llamando la atención de Doña María, la hicieron rastrear el secreto, y conocer que si poseía toda la estimación, respeto y confianza de su esposo, no así su corazón ni su gusto. Disimuló sin embargo su desabrimiento, y tomó el partido que convenia á una matrona tan prudente y virtuosa como ella. Hizo en primer lugar traer cerca de sí á la niña, y la crió y educó como si fuera propia suya, y andando el tiempo la casó con un caballero sevillano, y la dejó heredada en su testamento. Demas de esto, sin quejarse ni acriminar á su marido, le empezó á insinuar suavemente que seria mejor se fuesen á vivir á alguno de sus lugares ó castillos, á la manera que lo hacian los señores en Francia; pues de este modo ó harian bien á sus vasallos viviendo con ellos, ó desde algun castillo fronterizo harian daño en los moros y servirian al Estado: que la residencia en Sevilla era expuesta á gastos, para los cuales sus rentas no eran bastantes, y que al cabo tendrian que vender las posesiones y heredades que con tanto trabajo habian adquirido para establecer sus hijos; y solia añadir que las ciudades no se habian hecho para vivir en ellas los caballeros, sino los mercaderes, oficiales y tratantes. Dejóse persuadir Don Alonso como quien tanto la estimaba y conocia á qué fin se dirigian aquellos consejos; y resuelto á dejar á Sevilla, tomó una resolución verdaderamente digna de su reputacion y

valor. Cumplíase á la sazón el término que el Maestre de Calatrava habia señalado á su tenencia de Tarifa; y como ningun otro caballero se ofreciese á sucederle, Guzman tomó sobre sí aquel servicio, y dijo al Rey que él la defenderia por la mitad del costo que hasta allí habia tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario; y encerróse en ella, sin prever que el sacrificio de sus bienes y su persona no era nada en comparacion del grande y terrible holocausto que habia de hacer muy pronto al pundonor y á la patria.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al Infante Don Juan, uno de los hermanos del Rey. Inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamas en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el Rey su hermano de darle libertad de la prision, á que le condenó en Alfaro cuando la muerte del Señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni

el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel Rey le mandó salir por respeto á Don Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tanger, y ofreció sus servicios al Rey de Marruecos. Aben Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al Rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes, con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias; y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro descercarian la villa. *Los buenos caballeros*, respondió Guzman, *ni compran ni venden la victoria*. Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman,

que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo Rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, se le llevó al África, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oír sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas viniéron á los ojos del padre; pero la fé jurada al Rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. *No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan le diese muerte, á mi dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenacion eter-*

na despues de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza, y faltar á mi deber, allá vá mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad. Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, lo arrojó al campo, y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entretanto, el Infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos, que estaban en el muro, prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacía, volvió á la mesa diciendo: *Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa*. De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á África sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del Rey, enfermo á la sazón en Alcalá de Henares. Desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir él á buscarle en persona

por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos: señalábanle con el dedo por las calles: hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viendo á aquel varon insigne, que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del Rey, y Sancho al recibirle, dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes: *Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado*. A estas palabras de favor y de gracia, añadió mercedes y privilegios magnificos; y entonces fué cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

Tuvo, pues, en la estimacion pública y en la veneracion de aquel siglo toda la recompensa que cabe en los hombres la accion heroica de Guzman. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola mas á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos, medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas mas bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas. ¿Y á quién vamos á ta-

char de ferocidad? A quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo solo que tenga conexión con semejante vicio; al que en las grandes plagas de hambre y peste, que affligieron la Andalucía en su tiempo, tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos á la indigencia y al infortunio; al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de Bueno por su índole bondosa y compasiva, antes que la autoridad viniese á sancionársele por su heroísmo.

El Rey Don Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contrajo por sus fatigas personales en el sitio de Tárfifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia, su entereza y su valor. Su memoria seria mas respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento, y con el rigor excesivo y cruel que á veces usó para escarmentar á los que eran infieles á su partido: triste y necesaria condicion de los usurpadores, tener que cometer á cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseía cualidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeido por él, le hacia esta justicia: y cuando le dieron la falsa nueva de que habia muerto en Salamanca, el lastimado viejo lloraba sin consuelo, y exclamaba, *que era muerto el mejor home de su linaje*. De diez y ocho años salvó el estado de la invasion de los sarracenos; y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al

trono contra su mismo padre, que le quería despojar de él, contra las voluntades enemigas de muchos pueblos y Grandes, contra la oposicion de casi todos los Reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituían la gloria y mérito de su vida, se reunieron á atormentarle al tiempo de morir. La mano que habia sabido contrarestarlas iba á faltar; y su hijo, en la infancia, se veria expuesto, sin defensa alguna, á la borrasca que iba á arreciarse con mas ímpetu que al principio. Conociendo los grandes talentos de su esposa, la célebre Reina Doña María, la nombró por Gobernadora; y antes de espirar dijo á Guzman estas palabras: *Partid vos á Andalucía, y defendedla, y mantenedla por mi hijo: que yo fio que lo hareis, como bueno que sois, y yo os lo he llamado*.

Muerto el Rey todos los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, apoyados por Francia y Aragon, querian apoderarse de la corona: el Infante Don Juan desmembrarla, haciéndose Rey de Andalucía: el de Portugal dilatar su frontera: los Grandes y pueblos, desfavorecidos ó castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personages tener parte en el gobierno, para mantener su ambicion y su codicia; todos procediendo con una villanía, un descaro, y una sed tan hidrópica de estados y dinero, que difficilmente se encontrarían ejemplares de escándalos iguales en las clases mas necesitadas ó en las profesiones mas yiles. A estos males se añadió otro

mayor, creyendo que fuese un remedio de los demas. Era venido por aquellos dias de Italia el viejo Don Enrique, hermano de Alfonso el Sabio; y habíase acordado en cortes del reino darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese á los otros. Pero este Infante era tan malo ó peor que su sobrino Don Juan: su genio inquieto y sedicioso le habia llevado desde Castilla á Aragon, desde Aragon á Tunez, y desde Tunez á Italia, sin que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Ejerció el empleo de Senador de Roma, dignidad á que entonces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose Gibelino, asistió á los Príncipes alemanes en su expedicion contra Cárlos de Anjou. Hecho prisionero despues de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad; hasta que al fin, unos dicen que huido, otros que á ruegos, pudo volverse á su patria. Los años le habian privado del esfuerzo personal, única cualidad brillante que tenia, y las desgracias no habian corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela, á cuya parte habia sido admitido, incapaz de orden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habian hecho de él, trataba á un tiempo con el Rey de Portugal, con el de Granada y con los Grandes sediciosos, engañando á unos y á otros, y destrozando el estado con sus maquinaciones insidiosas. Su venida á

España fué un agüero infausto, su autoridad una calamidad pública, y su muerte una alegría universal.

Contra este raudal de males la Reina oponia en las ocasiones pequeñas las artes de su sexo, el disimulo y la condescencia, y en las grandes una entereza y una superioridad de espíritu, que á nada se doblaba ni vencía. Guzman, entretanto, considerado como el principal personaje de Andalucía, defendió aquellos reinos de las invasiones de Portugal y Granada, y aseguró su quietud con la prudencia de su gobierno. En una de las salidas que tuvo que hacer de Sevilla para contener á los portugueses, estuvo la ciudad á punto de perderse. Porque, de resultas de una diferencia entre los naturales y los genoveses sobre asuntos mercantiles, se alteró el pueblo, dió muerte á algunos de aquella nacion, y saqueó y quemó sus casas. El hecho era injusto y lastimoso, y exponia la ciudad á todo el resentimiento de la República genovesa, floreciente entonces por sus riquezas, su comercio y sus fuerzas marítimas. En esta crisis volvió Guzman de su expedicion, y propuso á los sevillanos satisfacer á los genoveses los daños que habian sufrido, imponiéndose todos una contribucion para este fin. Aprobado el acuerdo por los hombres buenos de Sevilla, se hizo el convenio con los genoveses, y los males que amagaban por esta parte se desvanecieron.

No era tan fácil desviar los que amenazaban

por la de los moros. Si para ello hubiera bastado vencerlos, la ventaja que les llevó Guzman con su hueste sevillana en todos los reencuentros pudieran escarmentarlos. Pero confiados en las tramas que urdia con ellos el artificioso Enrique, no se segaban jamas, y esperaban hacerse dueños de Tarifa, ya con las armas, ya con la negociacion. Ofrecian por aquella plaza veinte y dos castillos, y pagar todas las parias atrasadas: el Infante venia en ello; pero Guzman tenia á mengua cederles una de las puertas de España, ganada anteriormente con tanta gloria, y defendida tan á costa suya. La Reina conocia las malas artes de Enrique, y no se atrevia á hacerle frente. Guzman, al contrario, se opuso abiertamente á ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daría ni sería en consejo de dar á Tarifa á los moros. No contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir, si los bárbaros, ayudados del Infante, se ponian sobre la plaza, escribió al Rey de Aragon pidiéndole dinero para pertrecharla, y ofreciéndole que la mantendría á su nombre, hasta que el Rey de Castilla, llegado á mayor edad, pudiese satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaria en amparar á un Príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los extraños, y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. Er Aragonés alabó mucho su lealtad y su zelo, y no envió socorro alguno: mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la industria de Guzman

man fueron mas poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el Rey.

No toca á nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los Príncipes de la Casa Real, la mayor parte de los Grandes, á manera de vandidos, siempre con las armas en la mano, y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el estado con su ambicion insolente y descarada codicia. La Reina acudia con su prudencia á todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba á los otros, cedía á estos lo que no podia defender, y con las fuerzas que así se procuraba, resistia el embate de los demas. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores; y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dejaron de producir. Una hambre espantosa, como nunca se habia conocido, vino á colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres á la grama, sin que este pasto miserable les impidiese caer muertos de hambre por las plazas y por las calles. Así castigaba la naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habian dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entretanto, crecia el Rey, y á medida de su edad iba aumentándose el respeto y serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno, hizo la guerra á los moros, y se puso sobre Algeciras. Cercóla por mar y tierra, y

mientras duraba el sitio, envió á Guzman con el arzobispo de Sevilla y Don Juan Nuñez á atacar á Gibraltar. Llegado allí, y viendo la obstinacion del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los moros aquejados del estrago que desde ella les hacia, se rindieron por fin, entrando los cristianos en esta plaza, por la primera vez, desde que los sarracenos la tomaron quinientos años antes. Este fué el último servicio que Guzman hizo á su patria: de allí á poco, enviado por el Rey á contener las correrías de los moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las serranías de Gaussin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, ya los habia ahuyentado, cuando adelantándose imprudentemente, cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadáver, llevado primeramente á los reales del Rey de Castilla, fué despues conducido á Sevilla por el Guadalquivir. Aquella ciudad, gobernada por sus consejos, y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa mas lúgubre y majestuosa. Todos á una voz, y llorando, le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en 1309, cuando él tenia cincuenta y dos años de edad; y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidro del Campo, fundado y dotado por él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fué en vida Don Alonso Perez de Guzman

el Bueno, primer Señor de San Lucar de Barrameda, y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo, en que la naturaleza degenerada no presenta en Castilla mas que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazañas y de servicios, sin desviarse jamas de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que la vista de un templo bello y majestuoso que se mantiene en pie cercado de escombros y de ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personajes mas señalados de la antigüedad, un Scipion, por ejemplo, ó un Epaminondas: y su nombre, llevando consigo el sello del mas acendrado patriotismo, no es pronunciado jamas sino con una especie de veneracion religiosa.